



María Gainza  
*El nervio óptico*  
Barcelona  
Anagrama  
Año 2017  
159 páginas

PALABRAS CLAVE: AUTOBIOGRAFÍA – PINTURAS – MICROHISTORIAS  
KEYWORDS: AUTOBIOGRAPHY – PICTURES – MICROSTORIES

### Leer para ver: *El nervio óptico*, de María Gainza

Elisa Calabrese<sup>1</sup>

El título de esta novela atrae al posible lector por su extrañeza, porque no esperamos que un objeto literario se inscriba en el campo de lo fisiológico. No pude sustraerme a asociarlo con la ya clásica *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, que también remite a ese campo de sentido, aunque aquí se termina el parecido. En efecto, mientras en esta última se trata de una metafórica imagen del país en estado de enfermedad terminal debido a la dictadura,

---

<sup>1</sup> Elisa Calabrese (argentina). Profesora y Doctora en Letras (UBA). Profesora Titular en el área de Literatura Argentina de la carrera de Letras de la UNMDP. Profesora extraordinaria en la categoría Emérita por la misma Universidad, desde el 2009. Directora del CELEHIS (Centro de Letras Hispanoamericanas) desde 1990 hasta 1996 y desde 2004 hasta 2013. Fundadora de la Maestría en Letras Hispánicas, que dirigió hasta el 2000. Obtuvo proyecto FOMEC en 1996 para dicho posgrado. Miembro fundador de la AELHIS (Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos), a la cual representó en Argentina desde 1995 hasta 1998 y nuevamente desde 2006 hasta 2010; Categoría de Investigación: 1. Desde su primer libro, *Nostalgia del futuro en la obra de Carlos Fuentes*. (en colaboración con Liliana Befumo Boschi). Bs.As.: Editorial García Cambreiro, 1975, cuenta con numerosas publicaciones en revistas especializadas. Entre sus últimos libros, pueden mencionarse: *Animales fabulosos. Las revistas de Abelardo Castillo* (Elisa Calabrese y Aymar de Llano, edits.), Mar del Plata: Editorial Martín, 2006 y sus dos últimos libros *Lugar común. Estudios críticos de literatura argentina*. Mar del Plata: EUDEM, 2009 y *Sábado. Historia y apocalipsis*. Córdoba: Alción editora, 2013.

en la que me interesa ahora, alude literalmente a la función del ojo que mira o mejor, que contempla. Se ha dicho innumerables veces que la narrativa argentina desde las últimas décadas del siglo XX suele incorporar la reflexión sobre la propia escritura hasta el punto de que, a veces, este aspecto teórico aparece con tal densidad que excede en importancia a la narración misma. Aquí radica el elemento más original de esta novela, porque no se habla de literatura, (aunque haya muchas menciones y citas de frases o pensamientos de escritores famosos) sino de pintura, recurso desplegado en las sucesivas descripciones de cuadros que se alternan con los avatares biográficos de los pintores que los compusieron. Refiriéndose a la literatura autobiográfica, Borges escribió: “[...] todo libro es una confesión y (...) las muchas líneas que un hombre escribe a lo largo del tiempo acaban por formar su retrato” (2016: 351). Definición ajustada a este texto que hibrida con gracia y sin visibles suturas, esos microrrelatos con la autobiografía de la narradora protagonista.

En efecto, esa autoficción asume la máscara autoral –María Gainza– para presentarnos a una joven periodista/escritora, nacida en una familia de la más alta clase social porteña, cuyas raíces se hunden en los inicios del país, florecen en la opulencia de comienzos del siglo XX y en la actualidad se deslizan en un declive económico previsible, dado que de algún modo se trata de una pintura en micro del país. La mirada con que la narradora contempla esa decadencia prescinde de toda melancolía, instalándose en una suerte de objetiva frescura y un humor que se concede toques irónicos aunque no condescienda al sarcasmo. Esta condición es muy visible si observamos la difícil relación con su madre, que aparece como el paradigma de esa decadencia. Por ejemplo, cuando un incendio amenaza con destruir por completo el departamento donde vive la familia, la madre huye a casa de su abuela, que es nada menos que el palacio Errázuriz, uno de los monumentos intactos de ese pasado opulento y desde hace muchos años, una embajada. “La primera mitad de tu vida fuiste rica; la segunda, pobre”, escribe la narradora al explicarnos lo que ella denomina “el síndrome de cuna de oro” que su madre padece, es decir “la indestructible sensación de que el dinero siempre está” (Gainza, 2017: 41). Pese a estas diferencias mentales e ideológicas, la educación que la protagonista ha recibido, sumada a los conocimientos adquiridos en la facultad, la predisponen a un resto de esnobismo, perceptible, por ejemplo, en un esteticismo sostenido por saberes técnicamente precisos y un adecuado contexto histórico; ello le permite brindar al lector las más exquisitas descripciones de cuadros que podríamos tener al alcance de nuestros ojos (doble mirada, la de una lectura que nos lleva a la otra: la contemplación del cuadro).

Como ya dije, es éste el aspecto más original y atrapante de la novela. Una de las razones es la maestría con que la escritura nos permite “ver” las pinturas. Sin renunciar a los saberes que las imágenes requieren, la narradora opta por situarse en los efectos, es así que recibimos los impactos –emocionales y físicos– que estas visiones conllevan; en síntesis: compartimos las experiencias visuales de la protagonista y tal vez esos

sacudimientos logren desplazar nuestra percepción de sus rutas habituales. Otro tanto sucede con los fragmentos narrativos dedicados a los pintores, como es el caso, por ejemplo, de Toulouse-Lautrec, (otro desclasado) cuya intensa y trágica vida no por casualidad ha sido objeto de celeberrimas versiones, tanto en libros como en cine. Otra de las razones de la fascinación que atrapa al lector estriba en su aparente sencillez; este libro ingresa en el linaje de los que se leen “de un tirón”, no hay obstáculos –ni eruditos ni digresivos– que lo impidan. Así, las páginas dedicadas al extraordinario Toulouse-Lautrec parecen ser una conversación de la narradora que nos cuenta historias sobre un pariente más o menos lejano, alguien por quien sentir admiración, y a veces pena. Veamos este pasaje:

El joven Henri se siente morir en su asfixiante ambiente aristocrático...Como a todo escapado de su clase, Montmartre lo recibe como a un hijo. Para el príncipe del bosque de Albi, las mujeres sustituyen a los caballos, en gracia, en brío. Es tan pequeño que las prostitutas se marean al mirarlo, pero, cuando las toca, el hombrecito encuentra lugares secretos en sus cuerpos, lugares tan suaves como los labios (82-83).

Mención aparte merecen las páginas dedicadas a la guerra de la Triple Alianza, uno de los fracasos históricos más dramáticos y dolorosos que sufrió nuestro país. El contexto histórico está admirablemente aproximado por la escritura, que exhibe la acotada síntesis de ese fracaso con las siguientes frases: “Mitre había prometido: “en veinticuatro horas en los cuarteles, en quince días en campaña, en tres meses en Asunción”. La guerra duró casi cinco años y le costó al país más de cincuenta mil muertos” (31). Lo cual funciona, como siempre, para introducir una bizarra historia referida, en este caso, no a sí misma, pero sí a su marido, pues transcurre en el adecuado escenario de la selva paraguaya, mostrando, una vez más, cómo los tentáculos de esas familias se deslizan por todos los acontecimientos importantes del pasado y los espacios donde transcurrieron.

Otras veces, en cambio, el relato se detiene en otro espacio que fuera fundado para el veraneo elegante de la aristocracia: la ciudad de Mar del Plata, donde la familia de la narradora aún tiene una casa que fuera una señorial mansión pero que ahora está casi en ruinas. Ese espacio sirve de marco para una de las más trágicas historias familiares: la de una prima homónima que encerrada en esa casa como una anacoreta, tiene un hijo al que no atiende y termina por enloquecer hasta que aparece muerta en el mar “... recién ahora me doy cuenta de que nuestro nombre contiene al mar como un llamado, como una premonición” (74) dice la narradora a manera de epitafio. Pero este melancólico microrrelato sin motivaciones ni posibles causas explícitas amalgama perfectamente con las descripciones de una marina de Courbet, llamada *Mar borrascoso* donde el mar es también incognoscible, denso de misterio e impone por su sola presencia. En mi opinión, esta descripción de la pintura de Courbet es una de las más subjetivas, a la vez que más detalladas y brillantes de todo el libro.

Me resta señalar que el final es abierto porque se detiene en la enfermedad de la protagonista –un tumor maligno en el timo, denominado timoma– que la escritura aborda con la misma sencillez de recursos y con la misma mirada desnuda y objetiva a la que estamos acostumbrados. Esta vez no son cuadros: la escritura, con ternura, con humor, con comprensión, se ocupa de sus compañeros de terapia que, como ella misma, están a la búsqueda de un “tiempo suplementario”. Así, esta novela revela la emergencia de una escritora lúcida y original que dejará sin duda su huella en la narrativa reciente.

### **Referencias bibliográficas**

Borges, Jorge Luis (2016). *Borges en Sur (1931-1980)*. Buenos Aires: Penguin Random House.